

los enfermos llegaban á sanar. El número de víctimas fué extraordinario y casi faltaba gente para hacerse cargo de los que perecían (1).

Muchos distinguidos personajes de la nobleza azteca murieron bajo el azote de la asoladora epidemia; pero la pérdida mas sensible para los mejicanos, fué la del emperador Cuitlahua, elevado al trono despues de la muerte de su hermano Moctezuma. Su noble carácter, su valor y las acertadas disposiciones que tomó para obligar á los españoles á salir de la capital, le conquistaron el amor de sus vasallos. Enérgico y activo, envió al verles fuera, mensajeros por todas las provincias y ciudades sujetas á la corona de Méjico, ofreciendo á sus habitantes librarles, por espacio de un año, de los tributos que sobre ellos pesaban, si hacían la guerra á los hombres blancos hasta matarlos ó hacerles salir del país. Solicitó la alianza de los tlaxcaltecas, haciéndoles proposiciones ventajosas, con el objeto mismo de destruir á los cristianos; y cauto y previsor, mandó construir notables fortificaciones en la capital y en las poblaciones próximas á la laguna, á fin de resistir á los españoles, en caso de que intentasen invadir de nuevo el reino (2).

(1) «Eran tantos los difuntos que morían de aquella enfermedad, que no había quien los enterrase, por lo cual en México les echaban en las acequias, porque entonces había muy grande copia de aguas y era muy grande hedor el que salía de los cuerpos muertos.»—Sahagun. *Historia de Nueva España*, lib. 8, cap. 1.º

(2) «Por muerte de Mutezuma habían alzado por señor á su hermano, que se dice Cuetravacin, el cual aparejaba muchos géneros de armas y se fortalecía en la gran ciudad y en otras ciudades cerca de la laguna. E ahora de poco acá he asimismo sabido que el dicho Cuetravacin ha enviado sus mensajeros por todas las tierras y provincias y ciudades sujetas á su señorío, á decir

La próspera fortuna de Hernan Cortés y el notable afecto de los pueblos, produjeron un favorable cambio en el ánimo de los mismos soldados de Narvaez, que poco tiempo antes habían pedido que se volviese al puerto de la Villa Rica. Solamente algunos, deseando abandonar el país, porque tenían intereses en Cuba, renovaron su petición de marchar á la isla. Entre los que manifestaron su resolución de embarcarse y partir, se hallaban el secretario Andrés de Duero, el tesorero Bermudez, y varios hidalgos que, cansados de las anteriores y penosas campañas, no quisieron quedarse para continuar la que el caudillo español preparaba sobre Méjico. Viendo Hernan Cortés que insistían obstinadamente en que les diese permiso de marchar á Cuba, se propuso complacerles. Comprendiendo que era preferible tener menos número de gente que conservar en las filas un elemento que desalentase el ánimo de los leales, no hizo ya objecion ninguna. Atento y servicial, les facilitó lo necesario para llegar á la Villa Rica; les hizo algunos regalos, y se despidió de ellos como un buen amigo. A fin de que el viaje desde Veracruz á Cuba fuese bre-

y certificar á sus vasallos que él les hace gracia por un año de todos los tributos y servicios que son obligados á le hacer, y que no le den ni le paguen cosa alguna, con tanto que por todas las maneras que puedan, hagan muy cruel guerra á todos los cristianos hasta los matar ó echar de toda la tierra.»—Segunda carta de Cortés. Las anteriores palabras del caudillo español, hacen ver, como ya he indicado en otra nota, que no es acertada la pintura que de Cutlahua hace Solís. «Se llamaba Quetlabacoc, rey de Iztapalapan», dice el expresado Solís, «y segundo elector del imperio; vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre». Sensible es que haya incurrido en ese error el apreciable cronista.



ve, mandó al jefe de la escuadra, Pedro Caballero, que dispusiese el mejor buque para conducirles, y lo tripulase con los mas expertos marineros. Las atenciones del jefe castellano no alcanzaron la correspondencia que merecian. El secretario Andrés de Duero, que habia influido con el gobernador de Cuba, hacia dos años, en que diese á Cortés el mando de la expedicion y le abandonaba en aquel instante, sostuvo despues, en España, las pretensiones de Velazquez, contra las del valiente caudillo, bajo cuyas banderas habia militado.

La pérdida de los que anhelando las comodidades de la vida le abandonaron, fué bien pronto recompensada ventajosamente con la llegada de algunos otros soldados que desembarcaron en Veracruz. Los primeros que aparecieron en el puerto, fueron trece hombres, que llevaban por capitán al caballero Pedro Barba, enviado por Velazquez con provisiones para Narvaez, creyéndole vencedor de Cortés. Además de provisiones de boca, llevaban algunas armas y dos caballos. Al saltar en tierra, en la confianza de que mandaba en ella el jefe adicto al gobernador de Cuba, fueron aprehendidos por el comandante de la Villa Rica y enviados á Tepeaca. Era Pedro Barba amigo de Hernan Cortés, y fué recibido por éste con notables muestras de aprecio. El nuevo capitán y sus soldados se agregaron gustosos á las filas del caudillo español, para quien aquel ligero refuerzo era de suma importancia. En el buque donde habian llegado á Veracruz, envió Diego Velazquez un pliego á Narvaez, incluyendo despachos del obispo D. Juan Rodriguez de Fonseca, donde éste le prevenia al gobernador de Cuba, que enviase preso á Cortés á España

para que le juzgaran, si aun le tenia preso en la isla. Diego Velazquez, en consecuencia, le pedia á su adicto general, que le mandase inmediatamente á Hernan Cortés, bien asegurado, en un buque, si no le habia matado (1). Ocho dias despues llegó á Veracruz otro buque, enviado tambien por el gobernador de Cuba. Llevaba algunos soldados, y por capitán de ellos iba Rodrigo Morejon de Lobera. La misma suerte que los anteriores corrieron éstos. Las filas del ejército español recibieron un ligero aumento, y al número de caballos se agregó uno mas que pertenecia al capitán.

Otra expedicion mandada por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, á plantear una colonia en el Pánuco, rio que desemboca en el golfo de Méjico, contribuyó igualmente á dar aumento á las fuerzas de Cortés. La expedicion se componia de tres buques en que se llevaban armas, caballos, víveres, herramientas y todas las cosas necesarias para formar una colonia. Hernan Cortés habia hecho algunas reclamaciones al gobernador de Jamaica al tener noticia de la expedicion que preparaba, advirtiéndole que estaba en relaciones amistosas con sus habitantes, y que, por lo mismo, desistiese de su proyecto, porque era en perjuicio de los intereses de la corona. Las advertencias no fueron escuchadas, y los buques se dirigieron al sitio referido. Saltaron á tierra los expedicionarios, no cre-

(1) «Que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para envialle á Castilla, que así lo mandaba don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y Arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fuese preso con otros de nuestros capitanes.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*



yendo encontrar hostilidad; pero apenas pisaron el territorio de aquella provincia, cuando se vieron acometidos con furia espantosa por sus habitantes. Los soldados enviados por Garay no pudieron resistir al impetuoso choque de los numerosos escuadrones que les acometian, y se acogieron á los buques para salvarse, despues de haber visto perecer á muchos de sus compañeros. Vueltos á la mar, se levantó una terrible tormenta, y uno de los barcos arribó á la Villa Rica, falto de víveres, de agua y con la gente enferma. El comandante de la plaza acogió hospitalariamente á los soldados y capitanes expedicionarios, y los alojó en buenos edificios. Se componia la fuerza, de sesenta hombres, enfermos la mayor parte de calenturas; pero provistos de buenas armas. Pocos dias despues, se presentó en el puertò otro buque, que el mismo Garay habia enviado á Pánuco, ignorando lo acontecido á los anteriores. Iban en él cincuenta hombres robustos y corpulentos, con gruesos petos de algodón, provistos de mosquetes, ballestas y buenas espadas. Llevaban siete caballos, y contaban con suficiente pólvora. Mandaba esta fuerza un valiente capitan, llamado Miguel Diaz de Auz, que se distinguió en las acciones de guerra que se dieron en el bello suelo del Anáhuac. Siguió al arribo del barco anterior, el de una carabela con cuarenta hombres, vigorosos y jóvenes, mandados por un caballero anciano, llamado Ramirez. Contaban con diez caballos y con abundantes armas de toda especie.

Estas tres partidas, que hacian un total de ciento cincuenta hombres, con veinte caballos, se unieron gustosas á Cortés, y se dirigieron á Tepeaca, donde fueron recibi-

das con indecible júbilo por el general y sus soldados.

Así el afortunado caudillo español vió convertirse en firmes compañeros de su atrevida empresa, á los que sus enemigos habian enviado para destruirle ó perjudicarle. Los enormes gastos hechos por el gobernador de Cuba y el de Jamaica, para enviar barcos y gente, le proporcionaron soldados, armas, municiones y caballos. Los esfuerzos de sus contrarios para perderle, produjeron el efecto opuesto que se habian propuesto. Sus enemigos le proporcionaron los recursos que necesitaba, y le pusieron en estado de poder emprender sus operaciones sobre la capital azteca.

Otra casualidad, ó mejor dicho, su buena fortuna, acabó de colocar en sus manos los objetos que completasen su fuerza. Habia llegado á Cuba un buque salido de Canarias, cuyo cargamento se componia de toda clase de armas, de bastantes municiones y de tres caballos. El capitan, al tener en la isla noticia de los nuevos descubrimientos, creyó que podría sacar mayores utilidades vendiéndolo á los que se ocupaban en conquistas, que á los especuladores de Cuba, y tocó en la Villa Rica. El comandante del puerto, por órden de Cortés, compró, á buen precio, no solamente el cargamento, sino tambien el buque. La tripulacion, el capitan del buque, llamado Juan de Búrgos y trece soldados, seducidos por las bellas descripciones que les hizo del país el comandante, y animados del espíritu caballeresco que distinguia á la nacion española, quisieron formar parte del ejército, y se dirigieron al interior, á unirse con sus compatriotas.

Viendo Hernan Cortés aumentada la fuerza española;



dispuestos en su favor los pueblos de las provincias próximas, y con numerosos ejércitos de aliados, dispuestos á seguirle á donde les condujera, pensó que habia llegado el momento de emprender la campaña sobre Méjico, punto objetivo de sus afanes. Aun ignoraba si los pliegos que habia enviado de Veracruz el año anterior con sus comisionados, llegaron á manos del monarca, y si su conducta, por lo mismo, llegó á ser ó no aprobada. Sabia que el presidente del Consejo de Indias, el obispo de Búrgos, don Juan Rodriguez de Fonseca, se manifestaba protector de su enemigo el gobernador de Cuba, y temia que, en vez de alcanzar premios, le preparasen castigos. Unicamente tomada la capital azteca, consumada la empresa, nada tenia que temer. Los brillantes resultados harian que se aprobase su conducta por irregular que hubiera sido, y sus servicios serian premiados, por mas poderosa que fuese la influencia de sus contrarios. Así pensaba el caudillo español, y por lo mismo se propuso activar los preparativos para poder emprender la conquista de Méjico, antes que enviasen sus enemigos otro general que fuese á recoger las glorias que á él solo debian pertener. Nada habia ya que hiciese necesaria su permanencia en Tepeaca, puesto que sus habitantes se habian unido á la corona de España. Su presencia era importante en aquellos momentos en Tlaxcala para activar la construccion de los bergantines. Pero antes de dejar la ciudad, quiso enviar al monarca de Castilla una relacion de los hechos verificados en el país desde su llegada.

Entonces escribió la importante carta segunda, fechada el 30 de Octubre de 1520; en Segura de la Frontera, ci-

tada repetidas veces en las páginas anteriores. En ella refiere sencilla, clara y lealmente, los sucesos operados desde su salida de Veracruz hasta en los momentos en que nos hallan los acontecimientos de su expedicion. No hay en esa relacion nada que indique vanidad en aquel hombre extraordinario que jamás se detiene á referir ninguno de sus hechos personales. Se ve al caballero valiente sin orgullo; largo en obras y lacónico en palabras; templado en la victoria y sereno en la adversidad; siempre combatido por los obstáculos, y vencéndolos siempre con su inquebrantable energía; fijo constantemente su pensamiento en el servicio de Dios, del rey y de la patria, y lleno de fé en la empresa, porque la juzgaba amparada por el signo de la redencion.

Su fé en dar feliz cima á la empresa acometida y el levantado espíritu varonil que le distinguia, se destacan en algunas líneas de una de las últimas páginas de su importante carta. En ellas asegura al monarca Carlos V, «que tiene fé en que en breve llegará á recobrar lo que habia perdido; y que hasta alcanzarlo trabajaria sin descanso, posponiendo las dificultades, los peligros y los intereses, al servicio de su rey» (1). Solicita en la misma carta, que se le dé al país el nombre de Nueva España del mar Océano, por la semejanza que encontraba entre Méjico y la Península, en la feracidad del terreno, en el clima y en la

(1) «E creo, como ya á V. M. he dicho, que en muy breve tornará al estado en que antes yo la tenia, é se restaurarán las pérdidas pasadas... E certifico á V. M. que hasta conseguir este fin no pienso tener descanso ni cesar para ello todas las formas y maneras á mí posibles, posponiendo para ello todo el trabajo y peligro y costa que se me pueda ofrecer.»—Segunda carta de Cortés.



belleza de su cielo (1). Hernan Cortés termina la carta pidiendo al monarca «que envíe una persona de su confianza, á fin de que se informe de su conducta y de la veracidad de lo que en su carta refiere» (2).

Para que la carta llegase á manos de Cárlos V, y pudiese el monarca adquirir las noticias mas importantes del país, de sus habitantes, de sus costumbres y del estado que guardaban las cosas en aquellos momentos, envió con ella á España al valiente capitán Diego de Ordaz, leal amigo suyo y que se había hallado en todas las funciones de armas. Interesado en que su conducta fuese aprobada por la Audiencia de Santo Domingo, que se había manifestado favorable á la empresa, envió á la isla, en el otro buque, al capitán Avila y á Francisco Alvarez Chico, persona muy entendida en los negocios políticos, á fin de que pusieran en conocimiento de la expresada Audiencia y de los frailes jerónimos, el estado que guardaban las cosas en Anáhuac.

Al mismo tiempo que enviaba á Santo Domingo y á España personas que interesasen en su favor á las primeras autoridades, despachó al capitán Solís á Jamaica, para que comprase caballos y municiones, que eran de suma importancia para la campaña de Méjico. Los fondos para

(1) «Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene á España... me pareció que el mas conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano.»—Segunda carta de Cortés.

(2) «Y por otra mia, que va con la presente, envío á suplicar á Vuestra Real Excelencia mande enviar una persona de confianza que haga inquisicion y pesquisa de todo, é informe á V. M. dello.»—Segunda carta de Cortés.

atender á los gastos que exigian las disposiciones dadas, los sacó de una parte que se salvó del tesoro, y del botin alcanzado en las últimas batallas y tomas de importantes ciudades.

Los habitantes de Tepeaca, al ver que las tropas españolas se disponian á marchar á Tlaxcala, solicitaron de Hernan Cortés que les dejase una guarnicion española, con la cual se pudiesen defender de los mejicanos, en caso de que intentasen invadir la provincia. El caudillo castellano, conociendo toda la importancia que tenia la poblacion, y deseando obsequiar la súplica de los nativos, separó para que se quedasen en la villa, sesenta soldados de los que, por sus pasadas heridas, se hallaban menos á propósito para sufrir las fatigas de las continuas marchas. Formada así la colonia, nombró los alcaldes, regidores y demás cargos municipales, poniendo, como he dicho ya, á la villa, el nombre de Segura de la Frontera. El emperador Cárlos V le confirió algunos años despues el título de ciudad; pero aunque al principio de la conquista fué de bastante importancia la poblacion, despues empezó á decaer visiblemente, y pasado algun tiempo, fué perdiendo poco á poco el nombre de Segura de la Frontera, dándole todos el primitivo de Tepeaca, con que actualmente se conoce.

Puestas las autoridades de la nueva colonia y señalada la guarnicion, Hernan Cortés se despidió afectuosamente de los caciques de la provincia, y emprendió el camino hácia Tlaxcala, al frente de su ejército.